

Nomenclatura: aproximaciones a los estudios hispánicos

Volume 2 *Apocalypse and the End Times/
Apocalipsis y el fin del mundo*

Article 5

2012

Dualidades y demonios coloniales en Cosecha de huesos por Edwidge Danticat

Janelle Coleman
University of Tennessee, jcolema1@utk.edu

Follow this and additional works at: <https://uknowledge.uky.edu/naeh>



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

[Right click to open a feedback form in a new tab to let us know how this document benefits you.](#)

Recommended Citation

Coleman, Janelle (2012) "Dualidades y demonios coloniales en Cosecha de huesos por Edwidge Danticat," *Nomenclatura: aproximaciones a los estudios hispánicos*: Vol. 2, Article 5.

DOI: <https://doi.org/10.13023/naeh.2012.05>

Available at: <https://uknowledge.uky.edu/naeh/vol2/iss1/5>

This Article is brought to you for free and open access by the Hispanic Studies at UKnowledge. It has been accepted for inclusion in *Nomenclatura: aproximaciones a los estudios hispánicos* by an authorized editor of UKnowledge. For more information, please contact UKnowledge@sv.uky.edu.



Spring/Primavera 2012

Dualidades y demonios coloniales en *Cosecha de huesos* por Edwidge Danticat

Janelle Coleman

El crítico cubano Antonio Benítez-Rojo define la caribeñidad como un caos “de diferencias y repeticiones, de combinaciones y permutaciones, [donde] coexisten regularidades dinámicas que, una vez abordadas a través de la experiencia estética, inducen al *performer* a recrear un mundo sin violencias” (106). Este “mundo sin violencias,” según el crítico, se construye a partir de la aceptación e integración de oposiciones culturales a través de los procesos simultáneos de la transculturación y la aculturación¹. La frase “sin violencias” implica un sentido de resolución, o sea, la creación de un espacio sin conflictos. La novela *The Farming of Bones* (traducida al español como *Cosecha de huesos*) de la escritora haitiana Edwidge Danticat cuestiona la existencia de este “mundo sin violencias” a través del personaje haitiana Amabelle que, por sus experiencias traumáticas, no logra resolver las ambivalencias de su cultura e identidad².

Al analizar la formación de Amabelle, es posible notar una falta de estabilidad que proviene de una vida marcada por la violencia insensata y un sentido de pérdida. Danticat muestra los conflictos interiores de este personaje a través de un juego con la noción de dualidad, un aspecto integral de la cultura afro-caribeña. En la novela, se presentan las preocupaciones y los traumas de Amabelle en forma de símbolos ambiguos que se vuelven partes irrevocables de su personalidad. Su incapacidad de reconciliar estos aspectos la lleva a vivir “una muerte en vida” (Danticat 279). Al examinar la transformación de estos símbolos en la novela—el perejil, las sombras y el río—demostraré que el trauma y la violencia no permiten la resolución de las ambigüedades de la identidad caribeña, sino que imposibilitan este “mundo sin violencias.”

Cosecha de huesos cuenta la historia de Amabelle Désir, una sirvienta haitiana que, como resultado de la muerte trágica de sus padres en el Río Masacre que forma la frontera entre Haití y La República Dominicana, busca trabajo en casa de una familia dominicana. Durante su tiempo con la familia, ella entabla relaciones con varios haitianos que trabajan en las plantaciones de caña de azúcar que están a su alrededor. Una de estas relaciones importantes es con Sebastien, su amante y, en su mente, su única esperanza para una vida normal después de la muerte de sus padres.

Además de los eventos de su pasado, Amabelle narra su experiencia en fragmentos durante la Matanza de Haitianos, un episodio de la historia de la isla que aún hoy en día ni los haitianos ni los dominicanos quieren discutir (Suárez 15). Este acontecimiento, también denominado *El Corte*, ocurrió en 1937 como resultado de una orden del dictador dominicano Rafael Trujillo. El líder, a pesar de su ascendencia haitiana por parte de su madre, odiaba profundamente a los haitianos que inmigraban para trabajar en las plantaciones de la República Dominicana. Él vio la llegada de los haitianos como la antítesis de *dominicanidad* y ordenó la ejecución de todos los haitianos que vivían ilegalmente en La República Dominicana (Peguero 113)³. De este modo, él intentó “purificar” la raza dominicana de las influencias africanas⁴.

Consciente de las consecuencias que la masacre tendría para ella y para sus amigos, Amabelle intenta salir de la República Dominicana con Sebastien y sus compañeros, y regresar a Haití, la tierra de su juventud. Sin embargo, Sebastien y su hermana están secuestrados la noche en que van a salir, y Amabelle con la ayuda de su amigo, Yves, tiene que salir de la plantación de sus patrones para buscarlos. En el camino hacia Haití, los compañeros se encuentran y se juntan con otros refugiados que se escapan de La Matanza. Al llegar a la frontera entre Haití y la República Dominicana, unos dominicanos los atacan, matando a todos los haitianos salvo a Amabelle y a Yves. Los sobrevivientes cruzan el río donde se encuentran con unas monjas que los llevan a un hospital. Después de un período de recuperación muy larga, Yves invita a Amabelle a quedarse en la casa de su madre donde tratan de reconstruir sus vidas. Sin embargo, la narradora todavía padece la falta de Sebastien, y veinte años después de La Matanza, sale para la República Dominicana en busca de una conexión con él. Este viaje se convierte en una búsqueda de curación y de identidad para Amabelle cuando regresa a la casa de los Valencia, para quienes trabajaba por mucho de su juventud. Al darse cuenta de que toda evidencia de la masacre haya desaparecido, decide regresar al río donde murieron sus padres y sus compañeros para enfrentarse por última vez a los demonios de su pasado.

La novela contiene episodios que saltan desde el pasado hasta el presente, y que a veces parecen sueños. La falta de un orden cronológico muestra el poder y la importancia de la memoria en relación a la representación y la interpretación de la historia haitiana-dominicana. Amabelle, ligada con las dos culturas, forma un puente imaginario entre

dos espacios que son entrelazados y separados a la vez. Mientras que Haití y la República Dominicana comparten una isla y una historia, el racismo y el trauma del pasado las dividen. Benítez-Rojo discute este mismo tipo de relación paradójica entre las islas del Caribe en la introducción de su libro *La isla que se repite*:

El hecho [es] que las Antillas constituyen un puente de islas que conecta de ‘cierta manera,’ es decir, de una manera asimétrica, Sudamérica con Norteamérica. Este curioso accidente geográfico le confiere a toda el área, incluso a sus focos continentales, un carácter de archipiélago, es decir, un conjunto discontinuo... condensaciones inestables, turbulencias, remolinos, racimos de burbujas... en resumen, un campo muy a tono con los objetivos de *Caos*. (16)

Benítez-Rojo afirma que el término *Caos* explica la identidad caribeña con exactitud porque describe el hecho de que, a pesar de las diferencias entre las islas y los desórdenes que han caracterizado sus historias, hay ciertas regularidades y procesos que tienen en común (16)⁵. Por eso, la identidad caribeña en términos generales se destaca por aspectos culturales que deben oponerse, pero que coexisten de cierta manera sin conflictos. Sin embargo, si se consideran los efectos del trauma en Amabelle, se ve otra historia.

En *Cosecha*, hay conflicto, pero no hay resolución. Los símbolos centrales de la novela—el perejil, la sombra y el río—marcan acontecimientos importantes en la vida de Amabelle y, por eso, tienen un efecto en su personalidad. Estos elementos relacionan a Haití y la República Dominicana, los dos espacios vitales de la narradora. Si Amabelle es un puente entre los dos lugares y no puede reconciliar los significados de estos símbolos, se puede decir que un efecto de la historia traumática en la identidad caribeña es la imposibilidad de un “mundo sin violencias.”

El perejil, una hierba común en Haití y la República Dominicana, es una planta que tiene varios usos y propiedades. Los haitianos y los dominicanos generalmente usan la hierba para cocinar y para curar enfermedades. En el contexto de *Cosecha de huesos*, la importancia de la hierba se radica tanto en su uso como en su sentido léxico. Al observar a un hombre bañándose en el río, Amabelle hace una reflexión sobre el perejil:

Usábamos *pèsi*, perejil, su humedad de mañana de verano, las mezcladas ramitas bastas y erizadas, y a la vez suaves y dóciles, insípidas pero amargas de masticar, viento endulzado al fondo de la boca, las hojas de diferente sabor que el tallo: todo eso lo saboreábamos con la comida, con el té, con el baño, para *limpiarnos tanto por dentro como por fuera de viejos dolores y pesadumbres...* (70, énfasis mío)

En esta descripción, las características opuestas del perejil son destacables. Con respecto a la apariencia de la planta, tiene ramitas que son “bastas y erizadas” y “suaves y dóciles” a la vez. Otro aspecto importante del perejil es la diversidad de sus usos; además de la curación y la gastronomía, el perejil se utilizaba tradicionalmente en la República Dominicana y en Haití para limpiar el cuerpo por dentro y por fuera (Accilien et al. 135). A pesar de sus usos positivos, el perejil se convierte en un símbolo negativo en la novela cuando el dictador dominicano Rafael Trujillo sube al poder.

Amabelle, que no sabía mucho sobre la masacre antes de salir de Alegría, relata algunas noticias que había oído de sus compañeros: “Muchos habían oído rumores sobre haitianos asesinados de noche porque pronunciaban perejil con una ge gangosa en lugar de la erre. Los rumores no corrían en vano, sostuvo alguien” (118). Es notable aquí que el perejil—algo que los haitianos y los dominicanos tienen en común—se convierte en algo que separa las dos culturas. Al perder a una amiga como resultado de la masacre, Amabelle comenta: “Usábamos perejil en la comida, en el té, en el baño, para limpiarnos por dentro y por fuera. Tal vez el Generalísimo, a escala mayor, quisiera hacer lo mismo con su país entero” (203). Debido a que había muchos dominicanos que parecían haitianos por su piel oscura, Trujillo usaba el lenguaje—específicamente la pronunciación de la palabra “perejil”—para distinguir entre los dos. Según Suárez, “prior to the massacre, the border [between Haití and the Dominican Republic] had not really been pronounced” (14). El perejil, entonces, se transforma en una frontera imaginaria entre Haití y La República Dominicana. En su estudio de la novela, Pamela Rader sugiere que “the signified (green sprigs of parsley) and the signifier (the Spanish word) pervert the multipurpose herb as it now serves to cleanse the Dominican Republic of its so-called Haitian problems” (33). La cita de Amabelle previamente mencionada muestra que la palabra “perejil” todavía tiene la misma connotación—limpieza—aunque en términos de genocidio. Hay aquí un cambio dado que el perejil ahora se usa para la limpieza racial.

Cuando Amabelle y sus compañeros salen de Alegría en busca de Sebastien, tienen que enfrentarse con varios obstáculos. Al llegar a Dajabón, una ciudad que está al lado de la frontera entre Haití y la República Dominicana, el grupo decide que será más seguro separarse. Amabelle y su grupo se encuentran en medio de una manifestación organizada por Trujillo y sus seguidores. Aunque tratan de mezclarse en la muchedumbre, algunos dominicanos los ven y les piden que digan la palabra “perejil.” Antes de que los haitianos lo puedan decir, los dominicanos les pegan, llenando las bocas de sus víctimas con ramas de la hierba. Los miembros del otro grupo—Odette y Wilner—vienen a rescatar a Amabelle y su compañero Yves, y los guían al río que tienen que cruzar para llegar a Haití. Todavía perseguidos por los dominicanos, ellos intentan nadar al otro lado del río. Sin embargo, Wilner y Odette mueren en el ataque, y Amabelle y Yves son los únicos sobrevivientes.

La haitiana, aún después de muchos años, lleva evidencia del asalto en forma de cicatrices físicas y daño emocional. Recordando a sus compañeros de viaje y al amante que nunca encontró, ella dice: “Acompañaría a Odette a decirle su pèsi al Generalísimo [Trujillo], pues yo sola no sabría decirlo bien. Por mal que estuviese, mi manera de decirlo siempre sería perejil. Pues algo en lo hondo de mí cree aún que una simple palabra habría podido salvarnos la vida a todos” (261). La última palabra de Odette antes de su muerte era “pèsi,” la traducción de “perejil” en criollo haitiano. El acto de morir diciendo “pèsi” era una forma de resistencia además de una afirmación de una identidad haitiana (Airey 105). Mientras Amabelle duda que pueda decir “pèsi” bien, sabe que puede pronunciar “perejil” porque vivía muchos años en la República Dominicana. Su decisión de quedarse silenciada es un intento de aliarse con los haitianos. Sin embargo, Amabelle se culpa por las muertes de sus compañeros, creyendo que si hubiera dicho “perejil,” habría podido salvar las vidas de todos. La vergüenza de la narradora es, en términos psicológicos, el sentimiento de ineptitud, rechazo y suciedad que derivan las víctimas del abuso de su experiencia traumática. Estas emociones se intensifican cuando una persona se siente indefensa ante al poder de otro individuo o cuando es humillada delante de otros (Potter-Efron 123). En el caso de Amabelle, el perejil ya no representa la limpieza, sino que es algo que ensucia. La culpa de la narradora se convierte en una de las sombras que la sigue a lo largo de la novela y que, por eso, forma parte de su personalidad. El ataque en Dajabón abre una brecha entre la connotación original de la palabra “perejil” y los sentimientos que ella asocia con la hierba. Por lo tanto, ella no es capaz de liberarse de su culpa y decide vivir una “muerte en vida.” Además, su resistencia silenciada ante los dominicanos muestra una incapacidad de reconciliar las culturas que han influenciado su identidad. Enfrentada con el trauma, ella se fuerza a elegir un lado; no hay posibilidad de compromiso. Al aliarse con los haitianos, ella rechaza lo dominicano. Si Amabelle encarna lo caribeño en términos de su situación cultural, se puede ver que el trauma causado por el pasado imposibilita cualquier discusión aporoblemática sobre la identidad. En suma, la historia de la relación haitiana-dominicana y la transformación de los significados de los símbolos no permiten la existencia de un “mundo sin violencias.”

Otro símbolo importante en *Cosecha de huesos* es la sombra. La palabra “sombra” tiene varias definiciones, tales como “refugio, protección,” “una influencia dominante,” “un seguidor o compañero inseparable,” o “una fuente de infelicidad u oscuridad” (“shadow,” def. 2-4). En la novela, Danticat juega con la noción de dualidad para mostrar los efectos del trauma en la personalidad y la formación de Amabelle. La sombra, como símbolo en la novela, tiene varios significados opuestos. Se puede ver claramente estas contradicciones cuando la protagonista habla de su niñez y su relación con su amante al principio del texto:

De niña solía pasarme horas jugando con mi sombra, algo que según mi padre podía darme pesadillas, hacerme ver voces girando en un huracán de arco iris y oír las raras formas de las cosas levantarse y hablar para definirse. Era hija única y jugando con la sombra me sentía menos sola. Cuando tenía compañeros de juego, para mí nunca eran reales ni estaban presentes del todo. Los consideraba meros reemplazos de mi sombra. También había muchas sombras en la vida que tuve después de la niñez. A veces, Sebastien Onius me protegía de esas sombras. A veces era una de ellas. (14)

De niña, la sombra de Amabelle le ofrecía *refugio* de su soledad y, por eso, era una compañera inseparable. El hecho de que sus compañeros de juego eran solamente sustitutos de su sombra presagia el problema que Amabelle tendrá a lo largo de la novela: una obsesión por el pasado. Si se ve “la sombra” como una manifestación de la subconsciencia (Chevalier et al. 868) donde se encuentran los sueños y las pasiones, y si se entiende estos sueños como fantasmas de una historia traumática, puede comprenderse esta atracción por la sombra como una necesidad de revivir el trauma del pasado. Este problema se manifiesta no sólo en el uso del tiempo presente para expresar sueños del pasado, sino también en las conversaciones entre Amabelle y Sebastien. Por ejemplo, cuando ella tiene pesadillas sobre la muerte de sus padres, él le ayuda a evocar sus memorias buenas de sus progenitores y de Haití como una forma de curación. Según Lizabeth Paravisini-Gebert, “[t]he line between dream and living—and between realities and shadows—is one that Sebastien marks for Amabelle in the beginning stages of the book” (90). Sus descripciones de Haití y las memorias que él despierta en Amabelle le infunden de esperanza para una vida mejor. De este modo, Sebastien la protege de las sombras que, en este caso, son “influencias dominantes” en su vida. La pérdida de Sebastien aumenta los efectos del trauma en Amabelle, y él se convierte en una de las sombras que la sigue. La ausencia de su amante deja una impresión profunda en su vida y se vuelve el motivo de todas sus decisiones, inclusive su regreso a la República Dominicana al final de la novela.

Otro aspecto destacable en el paisaje anteriormente citado es el hecho de que el padre de Amabelle le dice que “jugar con las sombras” puede producir pesadillas o hacerla ver “voces.” Estas voces son de personas que han muerto sin identidad ni nombre. Cuando Danticat escribe que “[l]os hombres famosos nunca mueren del todo. . . Sólo los seres anónimos y sin rostro se desvanecen como humo en el aire del amanecer” (276), ella está describiendo a estos muertos. La sombra, según tradiciones africanas, se asociaba con la muerte (Chevalier et al. 868). Por ende, al jugar con su sombra, Amabelle abre el paso al mundo de los muertos. Esta novela en sí es un juego con sombras; la narradora retoma las historias de las víctimas de la masacre para poder darles nombre y

rostro a los desconocidos. Sin embargo, el proceso de jugar con las sombras se transforma en un viaje doloroso para Amabelle porque tiene que revivir el trauma entre episodios de sentimientos intensos y abrumadores y estados áridos caracterizados por una carencia completa de emoción (Herman 47). Como resultado, las sombras son una “influencia dominante” y “una fuente de infelicidad” en su vida.

Además de las definiciones previamente mencionadas, la palabra “sombra” puede referirse a una “imagen oscura que proyecta un cuerpo opaco sobre una superficie cualquiera, interceptando los rayos directos de la luz” (“shadow,” def. 1). Tomando en cuenta esta definición, la existencia de una sombra depende de la presencia de la luz. Según *The Penguin Dictionary of Symbols*, la luz se asocia con el entendimiento, la revelación por medio de la iniciación o la vida (Chevalier et al. 601). Amabelle se refiere a la luz varias veces en la obra. La primera referencia aparece al principio de la novela, cuando ella habla con Sebastien a solas. Relata que “[a] la luz de mi lámpara de aceite de castor [Sebastien] es fastuosamente bello, aunque los tallos de caña le hayan desgarrado la piel de la reluciente cara negra y se la hayan llenado de cicatrices fruncidas y zigzagueantes” (11). La luz, pese a no ser muy fuerte, le permite a Amabelle ver tanto la belleza de su amante como su desfiguración. En el mismo capítulo, Sebastien dice que Amabelle, a pesar de la oscuridad de su piel, “brill[a] como un farol de Navidad.” Después de contarle esto, él le pide que se quite su camión para que pueda verla de verdad. Durante toda esta ceremonia, él está “en un rincón lejos de la lámpara, un lugar en la penumbra desde donde [la] ve mejor que [ella] a él” (12). Su lugar en la oscuridad en esta escena presagia su desaparición en el futuro y, como consecuencia, su existencia como sombra para Amabelle. Como contraste, ella brilla como una luz; es ella la que sale viva de la República Dominicana y no Sebastien. Sin embargo, la posibilidad de la muerte de su amante, o sea, su incapacidad de verlo vivo o de saber con certeza su destino (entendimiento), es un punto de oscuridad en la vida de Amabelle que produce su condición como “muerta viva” al final de la novela.

La narradora habla de la luz otra vez cuando describe las lámparas que su padre hacía para ella durante su niñez. Ella dice que estas lámparas tenían “formas de monumentos” (123). En este contexto, la luz representa una forma de conmemorar un evento del pasado. Más tarde, Amabelle le pide a su padre que haga una lámpara con la cara de él para que ella pueda llevarla consigo todo el año. De este modo, ella puede tener algo para recordar a su padre. El acto de evocar la cara de su padre le ayuda a Amabelle a entender su propia identidad y a recibir curación emocional; sin embargo, es también lo que oscurece su vida. Su necesidad de revivir sus memorias no le permite vivir en el mundo de los vivos y le atrapa en su pasado.

La evolución de la connotación de “sombra” muestra un cambio desde lo positivo hacia lo negativo. Aunque Amabelle jugaba con su sombra cuando era niña como manera de refugiarse de su soledad, este acto se convierte en una obsesión en el futuro que le quita la paz y la

felicidad. Ella quiere una vida feliz, pero el trauma de su pasado no le permite dejar sus sombras. Regresando a la teoría propuesta por Benítez-Rojo, es importante destacar que los únicos vínculos que Amabelle tiene con su herencia haitiana son Sebastien y sus padres. Cuando éstos desaparecen, ella no es capaz de gozar de su vida en Haití. Al regresar a la República Dominicana después de veinte años, Amabelle descubre que nada es lo mismo que antes; aún los trapiches en que trabajaban los haitianos se han reemplazado por mansiones (295). Cuando Amabelle le pide información a la Señora Valencia sobre el arroyo donde jugaba de niña, ésta responde que, “Aquí han construido montones de casas. . . Pero las casas no lo han reemplazado todo. Aún hay bastantes cascadas” (296). El hecho de que mucha evidencia de la presencia de los haitianos ha desaparecido muestra el paso de tiempo. Una consecuencia de la Matanza Haitiana era la urbanización sistemática de los territorios fronterizos de la República Dominicana (Turits 179). Si el intento de Trujillo era borrar completamente la presencia haitiana de la nación, el acto de desenterrar el pasado sería un acto de resistencia. De hecho, la Señora Valencia le dice a Amabelle que nunca ha hablado con su nueva criada haitiana sobre la Matanza. Para ella, silenciar y oscurecer el pasado es una forma de sobrevivir. En cambio, refugiarse en su pasado es el único recurso para Amabelle porque las personas que más alimentaban su modo de ser, que más la querían, sólo existen en memorias. Por eso, ella, aunque es viva, escoge una muerte emocional que finalmente la lleva al río Masacre donde empezó todo su trauma. Esta condición resulta problemática no sólo porque es un estado paradójico, sino también porque señala una falta de resolución. El trauma, en esencia, impide cualquier posibilidad de reconciliación de conflictos culturales y psicológicos en la vida de Amabelle.

El río Masacre, el símbolo más importante de la novela, es la mayor fuente del trauma en la vida de Amabelle. De acuerdo con la mitología griega, el río representa el paso entre la vida y la muerte. Para muchas comunidades africanas y afro-caribeñas, los ríos, los lagos y los mares son fundamentales en la comunicación entre personas, el transporte, el comercio y la alimentación (Stipriaan 324). Sin embargo, su dependencia en el agua presenta problemas para estas comunidades debido a que los ríos, los lagos y los mares pueden ser peligrosos también. Por eso, los espíritus de agua en las religiones afro-caribeñas suelen tener características positivas y negativas a la vez. Otro hecho importante es que la mayoría de estas divinidades son femeninas, que es consistente con la noción de cambio; el cuerpo de la mujer es dinámico debido a su fecundidad. En el contexto de *Cosecha*, el río Masacre está ligado a las ideas de la vida, el renacimiento, la limpieza espiritual y la fecundidad, pero la fuerza destructiva del río se conecta con la esterilidad y la muerte. El choque entre estos sentidos convierte al río en un espacio liminal donde no hay posibilidad de resolución.

El hecho de que los padres de Amabelle tienen que cruzar el río para comprar las ollas revela la vulnerabilidad de personas que tienen que

pasar diariamente cerca de o por lugares peligrosos (Goldberg 163). La pérdida de sus padres deja una impresión fuerte en la vida de Amabelle. Puesto que no es capaz de trascender los horrores de su pasado, ella sufre una crisis de identidad y dificultades emocionales que le imposibilitan la vida. Esto se manifiesta en su decisión de no querer tener hijos: “Tal vez porque mis padres habían muerto jóvenes, nunca me imaginaba mayor de lo que era, y mucho menos viviendo lo suficiente para criar hijos propios. Antes de Sebastien, siempre había soñado con el pasado: con el otro país, con lugares y gente que quizá no volviera a ver nunca” (40-41). Los niños suelen simbolizar el futuro y la esperanza. Es evidente aquí que la muerte de sus padres afecta a Amabelle de tal manera que ella no ve la posibilidad de generaciones futuras. Después de haber sobrevivido la masacre, la narradora considera su vida y la desaparición de Sebastien y su hermana Mimi: “Sólo cuando prendieron a Mimi y a Sebastien me di cuenta de que el río de sangre llegaría a mi umbral, que siempre había corrido por nuestra casa, que por todas las casas corre” (262). El río en esta cita es un “río de sangre.” Este término tiene un sentido doble. Primero, un “río de sangre” puede referirse a la menstruación, un momento de suma fecundidad en una mujer. Irónicamente, esta fecundidad está ligada a la muerte. Durante la masacre, la muerte prolifera, quitándoles la vida a miles de haitianos. La idea de que el río de sangre pasa por todas las casas indica que la muerte es un destino inevitable para todos. Este conocimiento domina los pensamientos y, finalmente, la vida de la narradora. El cambio desde la esterilidad hacia el fatalismo revela la profundidad de las cicatrices emocionales en Amabelle.

El “río de sangre” que menciona Amabelle también alude al río Nilo de la Biblia. Según el Éxodo, los egipcios fueron castigados por Dios por esclavizar a los israelitas. Uno de estos castigos convirtió el agua en un río de sangre. Ni los egipcios ni sus animales podían beber las aguas del río, causando la muerte de todos los peces y un olor insoportable. Se nota que en las dos historias el “río de sangre” es un resultado de la institución de la esclavitud y el racismo. Mientras que los egipcios fueron castigados por esclavizar a los israelitas, los dominicanos y los haitianos sufren en la novela debido al racismo. La mezcla de blancos y negros en la República Dominicana provocó la ideología de *dominicanidad* promovida por el régimen de Trujillo e hizo que los dominicanos estigmatizaran la estética negra (Howard 132). Si se considera la noción de sangre como agente de limpieza, se puede ver que el blanqueamiento era un intento irónico de “limpiar” los efectos de la influencia africana en la isla por medio de la aniquilación de la raza negra⁶. Para Amabelle, la matanza de sus compañeros y de su amante le quita cualquier posibilidad de estar feliz. Las muertes dejan una impresión en su vida que se manifiesta en forma de un recordar ritualizado. Si la limpieza se completa con la desaparición de la presencia negra en la República Dominicana, el acto de enfrentar el pasado no sólo es un acto de resistencia, sino que también es un reconocimiento de los efectos sucios que el genocidio ha tenido en la isla. El río pasa por *todas* las casas. Por eso, el “río de sangre” que menciona

Amabelle, además de representar la proliferación de la muerte, es una manifestación metafórica de los efectos perdurables del racismo y genocidio en la isla.

Al final de la novela, Amabelle vuelve al río Masacre donde murieron sus padres y sus compañeros Odette y Wilner. Su intento es dejar el peso de su historia en las olas. Cuando llega al río, ella ve al profesor, un hombre que ha perdido la razón a causa de la masacre. Quiere hablar con él, pero no sabe su nombre verdadero. Después de que él desaparece, ella dice, “Quise pedirle que me levantara suavemente y me llevara al río, a la cueva de Sebastien, la risa de mi padre, la eternidad de mi madre...” (305). Se nota aquí que hay una regresión. El orden Sebastien → padre → madre indica un deseo de regresar a sus orígenes, al vientre de su madre⁷. Esta noción de renacimiento se ve claramente cuando Amabelle se describe después de haberse quitado la ropa y entrado al río: “El profesor regresó a contemplarme echada allí, acunada por el río, manoteando como una recién nacida en una pila” (305). El uso de las palabras “acunada” y “recién nacida” demuestra que Amabelle vuelve a nacer. En este sentido, el río simboliza la fecundidad porque ella abraza “a liminal space that holds the spirit of the mother’s generative potential and the spiritual promise of the Afro-Caribbean tradition” (Goldberg 161). Al regresar al río, Amabelle no solamente acepta la posibilidad de crecimiento y renovación con el acto de enfrentar los demonios de su pasado, sino que también crea una historia que puede llenar huecos históricos (Rader 45).

Amabelle también funciona como la voz de la comunidad haitiana. Cuando cuenta su historia, y consecuentemente las historias de otras víctimas de la masacre, ella les da nombre a los desconocidos cuya tumba es el río. Sin embargo, su decisión de unirse con sus padres y con Sebastien al final en el río muestra que no es capaz de seguir viviendo. El lector puede deducir que ha escogido la muerte al final cuando ella dice que va hacia la “gruta” donde hizo el amor por primera vez con Sebastien y decide tenderse en el río. Por lo tanto, su historia—dedicada a la diosa del río—se queda en las aguas del río. El cuerpo de la narradora—“un simple mapa de magulladura y cicatrices” (224)—se convierte en un monumento, una piedra de memoria que se oculta en el fondo del río⁸. Su historia es un acuerdo—un secreto—entre ella y Metres Dlo, como Amabelle dice al principio: “Confianza en ti, Metres Dlo, madre de los ríos” (5). Mientras que su testimonio es “el fruto” de su trauma, también es una historia silenciada, un secreto.

Al final de la obra, es evidente que Amabelle ha crecido porque ella enfrenta sus “sombras” (la muerte de sus padres, Sebastien, Mimi, Odette y Wilner) cuando entra al río. Aunque está viva después del ataque en Dajabón y es capaz de cruzar la frontera, el trauma de este evento y de las muertes de las personas importantes de su vida es lo que la lleva a su muerte al final. Si hay curación para Amabelle, ella no puede verla porque ella está muerta. Es notable que ella se quede en medio del río al final. El acto de cruzar un río suele simbolizar el “overcoming [of] an obstacle

separating two realms or conditions, the phenomenal world and the unconditional state, the world of the senses and the state of non-attachment” (Chevalier et al. 808). En este sentido, no hay ni evidencia ni posibilidad de resolución. Las últimas palabras del texto indican que ella espera el amanecer. Tomando en cuenta la conexión entre el amanecer y la posibilidad de nuevos principios, es importante notar que nunca se ve la llegada de esta “aurora” al final de la obra. La función del río en la novela—como un símbolo de fecundidad y limpieza, y un símbolo de muerte y destrucción—frustra cualquier posibilidad de resolución. Amabelle, por su deseo de recordar y no cubrir las historias de los haitianos en su vida, resiste la tendencia de los dominicanos en la novela de mudarse. Sin embargo, la historia que Amabelle cuenta—su “fruto”— es una confesión, un secreto que nadie puede discutir abiertamente debido a que Trujillo y su régimen ocultaron los detalles de la Matanza. Amabelle, quien funciona como la memoria colectiva de los muertos, es silenciada ante los mecanismos de poder y la modernidad que intenta “limpiar” por completo la presencia haitiana en la isla. Además, su incapacidad de despojarse del pasado la pone en una posición liminal; si el silencio es lo que permite la “sobrevivencia” de algunas personas en la novela, el acto de recordar para Amabelle la deja en una “muerte en vida,” la cual es una posición conflictiva debido al choque entre dos extremos ante el trauma: la necesidad de recordar y revivir el trauma ejemplificado por Amabelle y la obligación de olvidar.

Mientras que *La isla que se repite* de Antonio Benítez-Rojo sugiere que los caribeños tienen una capacidad única de reconciliar diferencias dentro y entre sus culturas, la historia de Amabelle Désir implica que el trauma producto de situaciones de genocidio y violencia insensata impide cualquier resolución de conflictos culturales. Esta situación se manifiesta en la dualidad de los símbolos que no sólo reflejan las preocupaciones y los traumas que forman la identidad de Amabelle, sino también aspectos de las culturas haitiana y dominicana. El perejil, por ejemplo, se transforma desde un agente de limpieza física a una herramienta para el genocidio. Las sombras—los fallecimientos en la Matanza—son “sombras” precisamente porque los mecanismos políticos han usado su poder para oscurecer la verdad sobre la masacre. El río Masacre, que ha servido como una fuente de alimentación, limpieza y transporte para los dominicanos y los haitianos, se convierte en una sepultura para los fallecidos y sus historias. Amabelle, al resistir el silencio, se vuelve obsesionada por el pasado que no la deja vivir. No obstante, la historia que cuenta todavía es una confesión. El río donde deja su testimonio es un lugar indefinible por su ubicación en la frontera entre Haití y la República Dominicana; el hecho de que Amabelle no puede reconciliar las contradicciones inherentes en los sentidos de los símbolos la coloca en un espacio indefinible por su dualidad.

Con respecto a la conexión entre la historia de Amabelle y la identidad caribeña en general, es importante señalar que los símbolos en la novela son productos de la naturaleza. Esto es significativo porque en

gran parte de la historia del Caribe—inclusive durante la época poscolonial—la identidad caribeña se basa en la naturaleza. La asociación del Caribe con la naturaleza salvaje se origina con el discurso colonial. Al mostrar las dualidades de la naturaleza en la novela, Danticat está “restoring balance to the relationship with a landscape that colonialist historiography alternately represents as alien and hostile” (Pulitano). En la misma manera que la presencia del trauma frustra la posibilidad de resolución para Amabelle, la historia violenta del Caribe imposibilita la reconciliación entre las percepciones coloniales de las islas y la realidad social, política y económica del Caribe. En su novela, Danticat problematiza las definiciones coloniales del Caribe para ilustrar que los traumas históricos reflejados en las personalidades de los habitantes de las islas no permiten este “mundo sin violencias” que propone Benítez-Rojo. Como la historia de Amabelle demuestra, la única posibilidad de entender la condición caribeña reside en el acto de enfrentar a los “demonios coloniales.” Aunque esta acción no resuelve las contradicciones presentes en la identidad caribeña, es un paso adelante hacia la aceptación de las diferencias y semejanzas que existen dentro de y entre las islas.

Notas

¹ La idea de “transculturación” aparece por primera vez en el libro *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* del antropólogo y escritor cubano Fernando Ortiz. Según él, la transculturación no es sólo una transferencia de algunos aspectos de una cultura a otra, sino que es “una transición entre dos culturas, ambas activas, ambas contribuyentes con sendos aportes, y ambas cooperantes al advenimiento de una nueva realidad de civilización” (5). La aculturación es un proceso en el cual una cultura se asimila completamente a una cultura dominante.

² *The Farming of Bones* (1998) fue traducido al español en 2000. Se usa la versión en español aquí para mantener la fluidez del ensayo. Con la publicación de *The Farming of Bones* en 1998, Danticat se estableció no sólo como contadora de historias, sino también como historiadora. Inspirada inicialmente por un cuadro por un amigo que pintó la experiencia de su abuela haitiana, una sobreviviente de la Matanza de Haitianos en 1937, la novela funciona como un testimonio personal y comunitario a los efectos dañinos del genocidio en Haití y la República Dominicana.

³ El discurso de *dominicanidad*, según Elka Mendoza, no es necesariamente un sinónimo de nacionalidad, sino que es un concepto extranjero. En esencia, se refiere a una versión ideal de lo que significa ser *dominicano* desarrollada en el siglo XIX de acuerdo con la modernidad y con las normas establecidas en Europa Occidental (389). Durante el régimen de Trujillo, la *dominicanidad* se caracteriza por una exageración de la herencia española y un rechazo de lo negro, específicamente lo haitiano (398).

⁴ No queda claro el número exacto de los haitianos que murieron en La Matanza, pero el investigador Miguel Aquino calcula entre 20.000 y 25.000 fallecimientos (Sellers 88). Según Bridget Wooding y Richard David Moseley-Williams, el número de muertes no era mayor debido a la ineficacia de los soldados y el hecho de que algunos dominicanos ocultaron a los haitianos en sus casas (19).

⁵ Benítez-Rojo identifica el sistema de las plantaciones establecidas por los europeos cuando colonizaron el Caribe como una regularidad que se ha reproducido en todas las islas. La Plantación representa no solamente el mecanismo económico que denominamos la plantación en sí, sino también los discursos del poder, de la modernización y de la violencia que han resultado de ella. Históricamente, los caribeños han rechazado este sistema con una aceptación de las complejidades y ambigüedades de las culturas que forman su identidad. Por lo tanto, según Benítez-Rojo, la identidad caribeña tiene que ser releída y redefinida no en términos de una continuidad cultural, sino en términos de una entidad caótica cuya heterogeneidad le ha permitido “recrear un mundo sin violencias”(106).

⁶ En las tradiciones judeocristianas, el derramamiento de sangre es el único remedio para el pecado mortal. Para los practicantes de religiones afrocaribeñas, los sacrificios de animales suelen ser parte de un ritual para la limpieza del espíritu de una persona (Murrell 130).

⁷ Según los estudios de Karen McCarthy-Brown sobre la cultura haitiana, muchas de las curaciones del vudú haitiano son “ritual regression[s], a regression to infancy and then a movement back, or even as a ritual rebirth not entirely unlike that which is accomplished through the initiation ceremonies” (25).

⁸ Rader afirma que “Danticat’s novel is the riverbed that contains Amabelle’s testimony. In that universally understood moment of silence, Amabelle lies silently down in the river, her body-story rests as a stone might rest” (45).

Obras Citadas

- Accilien, Cécile, Jessica Adams, Elmide Méléance y Ulrick Jean-Pierre. *Revolutionary Freedoms: A History of Survival, Strength and Imagination in Haiti*. Coconut Creek, FL: Caribbean Studies, 2006. Impreso.
- Airey, Isabelle, *The Nexus between Language and Identity in the Caribbean/Caribbean American Context*. Dissertation, State University of New York at Stony Brook. Ann Arbor: ProQuest/ UMI, 2008 (Núm. de publicación. AAT 3338195).
- Benítez-Rojo, Antonio. *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover, CT: Ediciones del Norte, 1989. Impreso.
- Chevalier, Jean, Alain Gheerbrant y John Buchanan-Brown. *The Penguin Dictionary of Symbols*. Londres: Penguin, 1996. Impreso.
- Danticat, Edwidge. *Cosecha de huesos*. Trad. Marcelo Cohen. Bogotá: Norma, 1999. Impreso.
- Goldberg, Elizabeth. *Beyond Terror: Gender, Narrative, Human Rights*. New Brunswick, NJ: Rutgers UP, 2007. Impreso.
- Herman, Judith. *Trauma and Recovery*. Nueva York: Basic Books, 1997. Impreso.
- Howard, David. *Colouring the Nation: Race and Ethnicity in the Dominican Republic*. Oxford: Signal, 1999. Impreso.
- McCarthy-Brown, Karen. "Afro-Caribbean Spirituality: A Haitian Case Study." *Vodou in Haitian Life and Culture: Invisible Powers*. Ed. Claudine Michel y Patrick Bellegarde-Smith. Nueva York: Macmillian, 2006. Impreso.
- Mendoza, Elka S. "Race, Nation and Dominican Nationalist Discourse." *Desde la orilla: hacia una nacionalidad sin desalojos*. Ed. Silvio Torres-Saillant y Blas R. Jiménez. Santo Domingo: Manatí, 2004. 389-400. Impreso.
- Murrell, Nathaniel Samuel. *Afro-Caribbean Religions: An Introduction to Their Historical, Cultural, and Sacred Traditions*. Filadelfia: Temple UP, 2010. Impreso.
- Ortiz, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1987. Impreso.

- Paravisini-Gebert, Lizabeth. *Literature of the Caribbean*. Westport, CT: Greenwood, 2008. Impreso.
- Peguero, Valentina. *The Militarization of Culture in the Dominican Republic, From the Captains General to General Trujillo*. Lincoln, NE: U of Nebraska P, 2004. Impreso.
- Potter-Effron, Patricia. "Primary Treatment Issues." *Aggression, Family Violence, and Chemical Dependency*. Ed. Ronald Potter-Effron y Patricia Potter-Effron. Binghamton: Haworth, 1990. Impreso.
- Pulitano, Elvira. "Landscape, Memory and Survival in the Fiction of Edwidge Danticat." *Anthurium* 6.2 (2008): n. pag. Web. 9 dic 2008.
- Rader, Pamela. "What the River Knows: Productive Silences in Edwidge Danticat's *Farming of Bones* and 1937." *Antípodas* 20 (2009): 27-46. Impreso.
- Sellers, Julie A. *Merengue and Dominican Identity: Music as National Unifier*. Jefferson, NC: McFarland, 2004. Impreso.
- "Shadow." Def. 1-4. *Merriam Webster's Collegiate Dictionary*. 11th ed. 2004. Impreso.
- Stipriaan, Alex. "Watramama / Mami Wata: Three Centuries of Creolization of a Water Spirit in West Africa, Suriname and Europe." *A Pepper-pot of Cultures: Aspects of Creolization in the Caribbean*. Ed. Gordon Collier y Ulrich Fleischmann. Amsterdam: Rodopi, 2003. 323-32. Impreso.
- Suárez, Lúcia. *The Tears of Hispanola: Haitian and Dominican Diaspora Memory*. Gainesville, FL: UP of Florida, 2006. Impreso.
- Turits, Richard Lee. *Foundations of Despotism: Peasants, the Trujillo Regime, and Modernity in Dominican History*. Stanford, CA: Stanford UP, 2003. Impreso.
- Wooding, Bridget y Richard David Moseley-Williams. *Needed but Unwanted: Haitian Immigrants and Their Descendants in the Dominican Republic*. Londres: Catholic Institute for International Relations, 2004. Impreso.